

# EL PERSONALISMO. SUS LUCES Y SUS SOMBRAS

JESÚS RODRÍGUEZ LIZANO

## 1. ASPECTOS A DESTACAR DE LAS POSICIONES PERSONALISTAS

En el sentido amplio de la palabra, podemos decir que «personalismo es cada filosofía que subraya la dignidad de la persona, que, meditando las realidades de la existencia humana, afirma la primacía de la persona humana, tanto sobre las necesidades materiales como sobre los mecanismos colectivos que sostienen su desarrollo»<sup>1</sup>.

Por tanto, personalismo es toda aquella doctrina que mantiene el primado ontológico, ético y social de la persona<sup>2</sup> sobre los medios materiales y sobre las realidades sociales en las que el hombre se encuentra inmerso.

Más que un sistema —a lo que se oponen los autores personalistas relevantes— el personalismo es una corriente de pensamiento en la que pueden registrarse unas connotaciones comunes que trataremos de reflejar en la presente comunicación.

Hemos señalado en primer lugar la primacía de la persona sobre las cosas y los restantes elementos del universo: lo característico de la persona es su capacidad de relacionarse ante todo con Dios y las demás personas. El proceso de personalización implica la interpersonalización: dice Nédoncelle «el amor personal tiene originariamente un núcleo interpersonal»<sup>3</sup>.

El análisis de la persona se hace desde un punto de vista dinámico y existencial. Es, sobre todo, un análisis fenomenológico más que on-

1. T. URDANOZ, *Historia de la Filosofía, VIII, Siglo XX: Neomarxismos, estructuralismo, Filosofía de la inspiración cristiana*, Madrid 1985, p. 367.

2. Cf. Voz «Personalismo» en G.E.R., vol. XVIII, Madrid 1972. Mounier había proclamado en su Manifiesto, p. 10, : «Llamamos personalista a toda doctrina, a toda civilización que afirma el primado de la persona humana sobre las necesidades materiales y sobre los mecanismos colectivos que sostienen su desarrollo».

3. M. NEDONCELLE, *La réciprocité des consciences. Essai sur la nature de la personne*, Paris 1942, p. 16.

tológico. La persona se destaca como el ser capaz de relacionarse, de mantener una relación dialógica —de un yo y un Tú— con Dios<sup>4</sup>, consigo mismo, con las demás personas y con el mundo.

Para el personalismo el análisis debe hacerse desde el interior de la conciencia, ya que ésta pone de relieve la índole espiritual y no sólo corpórea del ser humano: la dignidad de la persona es consecuencia de ese componente espiritual que constituye al ser humano como un centro de relaciones<sup>5</sup>, de comunicación y apertura con Dios, consigo mismo, con los demás y con el mundo<sup>6</sup>. Al realizar el estudio desde la *interioridad de la conciencia* se oponen los autores personalistas a dar una definición de la persona<sup>7</sup>. Especialmente Mounier dice que es indefinible porque es *misterio* que desborda el plano objetivo y permite alcanzar al sujeto. Por eso del *sujeto* se capta su *presencia*: definirla sería cosificarla. De ahí que a la persona sólo se la puede conocer por *descripciones o dimensiones*, pero nunca definirla exhaustivamente<sup>8</sup>.

En los autores personalistas, como ya resaltamos, aparecen una serie de constantes (dimensiones las llama Mounier)<sup>9</sup> que configuran su desarrollo como persona:

1.º) *la vocación* : todo ser humano, desde que se inicia su vida, está llamado a la unión con Dios y por Él con las demás criaturas. *La vocación personal* configura al ser humano, pues esa llamada a la unión

4. Ya Martin Buber en *Ich und du*, 1923, había sostenido que el hombre se perfecciona en el diálogo —la relación Yo y tú, título de su libro— especialmente en la relación Yo y tú de Dios con el hombre. También J. Lacroix habla de esas cuatro relaciones como las que sirven al hombre para perfeccionarse. Cf. J. LACROIX, *El personalismo como antideología*, Madrid 1973, pp. 71 y ss. y 144-145.

5. Ese hombre concreto «antes de ser tal espíritu, tal yo ("le moi")», antes mismo de ser un espíritu humano, yo ("je") soy espíritu (...). Veo inmediatamente que existe como un centro donde el mundo que se dice exterior, la tierra y el cielo, y lo que juzga íntimo, sus emociones y sus pensamientos, constituyen un todo porque este doble mundo está incluido en su conciencia. Este mundo está hecho de formas, de colores, de resistencias, de reflexiones, de sufrimientos, de alegrías: todos ellos no son más que los detalles de su conciencia que lo contiene todo, lo lejano y lo próximo, lo dado y lo posible, lo pasado —porque es el objeto de la memoria— y lo futuro porque es la perspectiva del miedo y de la esperanza. El universo es así la representación de alguien, el contenido de su conciencia, un todo espiritual». R. LE SENNE, *La destinée personnelle*, Paris 1951, pp. 9-10.

6. Cf. R. LE SENNE, *La destinée...*, cit., pp. 105-119.

7. Si se definiera a la persona, desde este punto de vista fenoménico, se la estaría restringiendo a ser objeto y no se captaría que es sujeto. Aquí se acusa quizá la influencia, en esta corriente, de autores como Gabriel Marcel que en *Être et avoir*, 1935, había señalado que la persona es *misterio*, y no *problema*, es decir no definible (lo definible es lo objetivo) y por eso se puede alcanzar al sujeto.

8. Así lo refleja Mounier tanto en *Revolución personalista y comunitaria* como en el *Manifiesto a favor del personalismo*. Cf. *Oeuvres complètes*, 4 vol., Paris 1961-1963. Este mismo aspecto lo señala Le Senne en *La destinée personnelle*.

9. Cf. E. MOUNIER, *El personalismo*, p. 444 y *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 179-181.

con Dios es su destino final<sup>10</sup>, el que le marca el camino de su verdadero progreso y el que le da sentido al resto de las relaciones con los demás y con el mundo. Cada ser humano está comprometido, desde el exordio de su existencia, para alcanzar esa plenitud de unión con Dios y con los demás.

2.º) Esa vocación se refiere a cada ser humano concreto, *encarnado*<sup>11</sup>, no a un ser utópico. «La persona, en el hombre, está substancialmente encarnada, mezclada con su carne, aunque trascendiendo a ella»<sup>12</sup>. Refiriéndose a Mounier, dice Urdániz: «es justamente uno de los aspectos más acentuados en sus escritos: que el hombre es un “espíritu encarnado”, “una existencia incorporada”, en que la carne es la expresión del espíritu; el medio de comunicación con las otras personas es siempre el cuerpo, como principio también fundante de toda manifestación exterior de la persona»<sup>13</sup>.

Cuando Mounier habla de encarnación está reflejando que cada vocación es singular, corresponde a un estilo personal definido. Por la encarnación el hombre *se sitúa*<sup>14</sup> en el mundo, ocupa un lugar concreto entre las demás personas y cosas del universo, es un ser real. Cada vocación es irrepetible e intransferible<sup>15</sup>. En ese cosmos el hombre es un microcosmo, porque al ser *espíritu encarnado* de alguna manera puede llegar a relacionarse con todas las cosas.

El personalismo mounieriano presenta a esta persona encarnada como *permanencia abierta*<sup>16</sup>, es decir señala que hay en el hombre al-

10. Este es el objetivo que se marca Le Senne al escribir *La destinée personnelle* y que había recogido Mounier en su *Manifiesto*...

11. Mounier habla del *ser humano encarnado*, tanto en su *Manifiesto*..., pp. 75-76, como en *El personalismo*, para reflejar que el ser humano es *un espíritu encarnado*.

12. Cf. *Manifiesto al servicio del personalismo*, pp. 75-76.

13. Cf. T. URDÁNIZ, *Historia*..., cit., p. 370. Mounier dirá: «Dejemos, pues, de representarnos el ‘cuerpo’ y el ‘espíritu’ como dos personajes de una figura coreográfica. El hombre es, en cada instante, una compenetración de alma y carne.... El hombre es, por entero, espiritual y carnal, que en la vida personal trasciende los fenómenos particulares y traduce la solidaridad órgano-psiquica». M. MOUNIER, *Tratado del carácter*, Buenos Aires 1971, pp. 108-111.

14. Cf. M. MOUNIER, *Le personalisme*..., III, p. 451. Lo mismo señala Le Senne cuando habla de la situación del ser humano en *La destinée personnelle*, pp. 14-15.

15. Por eso Juan Pablo II en *Persona y acción* dice que cada hombre es un absoluto relativo. Lo mismo señala en *Amor y responsabilidad*.

16. Cf. M. MOUNIER, *Le personalisme*..., III, p. 446. Hablando de Mounier, señala Copleston: «El hombre es “enteramente cuerpo y enteramente espíritu”, y la existencia del hombre es enteramente corporeizada; el hombre pertenece a la naturaleza. Pero también puede trascender la naturaleza, en el sentido de que puede irla dominando o sometiendo progresivamente. Este dominio de la naturaleza cabe desde luego entenderlo sólo en términos de explotación. En cambio para el personalista, la naturaleza le brinda al hombre la oportunidad de realizar plenamente su propia vocación moral y espiritual y de humanizar o personalizar el mundo. “La relación de la persona con la naturaleza no es puramente ex-

gunas características estables, permanentes (a las que no denomina *naturaleza* porque en el entorno cultural en el que se sitúa Mounier lo natural es lo corpóreo: algo cerrado y definido que no admite cambios interiores que lo perfeccione), pero a su vez por su apertura —por la comunicación o relación con Dios, los demás y el mundo— permite que se perfeccione: el ser humano no es una estructura cerrada y la vocación es esa llamada externa que le convoca a la salida o donación de sí a Dios y los demás<sup>17</sup>.

Para el personalismo de Mounier la persona está por encima de los restantes elementos del universo y de las relaciones sociales en las que el hombre está inmerso o que él pueda crear<sup>18</sup>: subraya fuertemente la dignidad personal. Hace especial hincapié en el desarrollo personal por los valores<sup>19</sup>.

Es un personalismo que mira con respeto a las cosas —Le Senne al hablar de la relación cosmándrica, expone la importancia de esa relación del hombre con el mundo<sup>20</sup>— ya que por su situación en el mundo tendrá que hacer un uso moderado de las mismas. Pero el ser humano siempre tendrá prioridad sobre los elementos meramente corpóreos porque es el único ser que Dios quiere por sí mismo y le destina a la unión con Él. Las cosas en cambio se ordenan al ser humano para que pueda ejercer un dominio rectamente entendido sobre ellas porque es, a la vez, un ser espiritual y corpóreo.

3º) Mas la vocación humana no se desarrolla aislando al ser humano, haciéndolo víctima de un feroz individualismo<sup>21</sup> —como trata de lograr la ideología burguesa a la que se opone Mounier en su *Manifiesto* y en *Revolución personalista y comunitaria*—, pues el hombre se realiza en *comunidad*<sup>22</sup> con los demás. Aquí tenemos resaltada la ter-

trínseca, sino que es una dialéctica de intercambio y de ascensión”. F. COPLESTON, *Historia de la Filosofía*, IX, Barcelona 1980, pp. 301-302.

17. *Ibidem*, pp. 444. Le Senne refleja algo análogo tanto en el *Tratado de Caracterología* como en *La destinée personnelle*.

18. Cf. *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 178-179.

19. Tanto Mounier en *El personalismo* como Le Senne en *Introduction à la philosophie* o en el *Tratado de Moral general* o en *La découverte de Dieu*, exponen constantemente que el desarrollo del hombre se alcanza por la vivencia de los valores.

20. Cf. R. LE SENNE, *La destinée...*, cit., pp. 105-119.

21. «El individuo, en el sentido peyorativo en que los personalistas tienden a emplear este término, es el hombre egocéntrico, el hombre atomístico y aislado, aparte por completo de la sociedad (...). Para Mounier ese egocentrismo representa una degeneración o un desvío grave de la idea de persona “La primera condición del personalismo es la descentralización del hombre”, que él pueda darse a los demás y estar a disposición de ellos, en comunicación o comunión con ellos». F. COPLESTON, *Historia...*, cit. p. 302.

22. Así lo expone Mounier en *El Manifiesto a favor del personalismo*, pp. 78-93 y en *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 178-179.

cera de las dimensiones mounierianas<sup>23</sup>: sólo por la relación interpersonal, por la comunión, el ser humano crece y se desarrolla, no es un Robinson Crusoe que puede vivir aislado de los demás. La *comunión con los demás* es otro de los elementos esenciales del ser humano: se realiza y perfecciona *en y a través de la sociedad*. En la comunión de vida, de amor, de unión de sus verdaderos intereses es como alcanza el ser humano su plenitud<sup>24</sup>. Pero esta vida comunitaria se opone plenamente al colectivismo marxista, que diluye al ser humano en el todo colectivista de lo social. (Mounier sin embargo, en su *Revolución personalista y comunitaria*, refleja cierta simpatía por algunos aspectos marxistas, que ve recuperable en su visión personal y comunitaria, frente a la crítica feroz que realiza del individualismo capitalista). Es una vida comunitaria opuesta al individualismo exacerbado, al egoísmo que aísla al ser humano de los demás, pero también opuesta a los colectivismos que reducen al hombre a un mero engranaje de lo social, a una sociedad despersonalizada y despersonalizante. El personalismo aspira a implantar una sociedad comunitaria donde se permita el máximo despliegue de la personalidad de cada ser humano porque es una sociedad en la que prima el amor<sup>25</sup>: en la donación a los demás encontrará su impulso motor. La persona se realiza, por su dimensión social, en la comunidad, por la dialéctica del amor: Mounier afirmará que «existir es amar»<sup>26</sup>. Se prima el principio de comunicación frente al de la individuación: «la persona se gana perdiéndose; se posee dándose» dirá Mounier.

En esas relaciones con los demás es notorio el papel que esta corriente de pensamiento otorga a la familia y al matrimonio como comunidad de vida y amor<sup>27</sup>. La íntima y profunda relación de vida y amor que se establece entre los esposos crea un ambiente apropiado para el desarrollo de la personalidad de esos esposos y de sus hijos. La familia aparece como célula abierta, por la comunicación y comu-

23. Le Senne expone algo similar tanto en *La destinée personnelle* como en *La découverte de Dieu*.

24. Cfr. E. MOUNIER, *Manifiesto a favor del personalismo*, pp. 78-93 y *Revolución personalista y comunitaria*, pp. 178-179.

25. Nédoncelle hablará del matrimonio como *comunidad de vida y amor* y esta expresión quedará reflejada en la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II. Como destaca Sciacca, al hablar de Nédoncelle y contraponerlo a Le Senne y Lavelle, dice: «El yo no obra en oposición al no-yo, sino en relación al tú: promueve al otro como persona y lo promueve para ser persona (*La reciprocità delle coscienze*, 1941). El otro no es su límite, sino el que hace surgir al yo, y así realiza al yo ideal». M.F. SCIACCA, *La Filosofía hoy: de los orígenes románticos de la filosofía contemporánea hasta los problemas actuales*, Barcelona 1956, p. 368.

26. Cf. Voz Mounier en GER, vol. XVI, pp. 357-359, Madrid 1973.

27. Así lo recoge Nédoncelle en *Sobre una filosofía del amor*, 1940; y en *Sobre una filosofía del amor y de la persona*, 1957.

nión, con otras familias, que potencia el entero crecimiento de la sociedad y de cada uno de sus miembros.

Podemos por tanto resumir que el personalismo aporta, con un lenguaje actual, aspectos poco tratados en la filosofía clásica, en torno a la persona, que reclama sea tratada como un fin y no como medio porque es querida por sí misma por Dios y llamada vocacionalmente a la unión definitiva con Él.

## 2. CRÍTICA A ALGUNAS POSICIONES PERSONALISTAS

1.º) En el enfoque personalista se aprecia claramente la influencia de la fenomenología y del existencialismo, pero adolece, al menos en algunos autores, de insuficiente fundamentación metafísica en algunos presupuestos. Aunque en Mounier queda claro que la persona es substancia corpóreo-espiritual, como se ha reflejado anteriormente, en otros autores se reduce excesivamente lo personal al espíritu<sup>28</sup>. Se corre entonces el riesgo de ver a la persona únicamente como nudo o centro de relaciones —con la consiguiente infravaloración óptica— y lo corpóreo a algo que posee el espíritu. Esta ruptura puede traer graves consecuencias en el terreno moral, pues se da la primacía a la intención del sujeto sobre el valor objetivo de la acción moral o se pueden aceptar acciones sobre el cuerpo con graves desviaciones morales al considerarlo como algo que posee el espíritu y no como un elemento integrante de la persona.

2.º) Como se ha señalado previamente, estos autores suelen evitar hablar de *naturaleza* al referirse al hombre porque, por influencia de las posiciones fenoménicas y existencialistas, tienden a reducir el concepto de naturaleza a lo corpóreo y determinado: Esta posición no garantiza una suficiente autonomía de la persona. No aprecian que la naturaleza expresa el modo de ser de cada ente y por ende reflejará que una naturaleza es libre cuando se refiere al ser humano o a cualquier ser espiritual. La persona sólo puede obrar según su naturaleza y ésta ofrece el lenguaje apropiado, la expresión y el modo como puede obrar esa persona: la desviación moral provendrá precisamente de desviarse en su conducta de esa guía interior al ser humano que es su propia naturaleza como ley moral. Cuando se contraponen, por estos autores, el reino de la libertad —o del espíritu— al de la determina-

28. Así lo expone Le Senne en su *Tratado de caracterología* o en *La destinée personnelle*, contraponiendo lo personal y libre a lo corpóreo como reino de lo determinado, e igualmente Lacroix en *Marxisme, existentialisme, personnalisme. Présence de l'éternité dans le temps*, Paris 1941, p. 104.

ción —o lo corpóreo—, la ley moral quedaría como algo extrínseco al ser humano, y que le coartaría su libertad, ya que entienden la ley natural en ese sentido reductivo y extrínseco al espíritu<sup>29</sup>.

3.º) Asimismo cuando siguen estos autores la separación cartesiana entre la *res cogitans* y la *res extensa* y la influencia kantiana que considera al pensamiento como configurador de la realidad, acaban por atribuir al espíritu, a la libertad, la determinación de lo que es verdadero o no. Por tanto la verdad ya no es la adecuación entre el intelecto y la realidad externa sino la íntima coherencia del pensamiento. También esta posición tiene notables influencias morales: la coherencia interna de un razonamiento no presupone que sea verdadero y puede tener hondas repercusiones y desviaciones respecto al objeto moral y a la calificación moral del acto.

4.º) Un aspecto último que se debe comentar es el siguiente: aunque la antinomia individuo-persona se hace desde el plano fenoménico —para contraponer el ser humano que se cierra a los demás y el que manifiesta su apertura a los otros— se corre el riesgo de rechazar la definición boeciana de persona como individuo de naturaleza racional. No se repara que en el ser humano lo individual —desde el plano metafísico— resalta el estatuto ontológico de la persona y por tanto su dignidad: es algo incommunicable, es decir intransferible a los demás, tiene un acto de ser propio y no puede reducirse la persona a mero centro o nudo de relaciones. Tiene esas relaciones por que es. Además su naturaleza racional ya muestra su radical apertura: sólo por ser espiritual es capaz el hombre de abrirse a los demás, al mundo y sobre todo a Dios. Lo corpóreo se ciñe a lo singular y concreto: no es capaz de ponerse en el lugar mental del otro, como le sucede al hombre que, por tener un principio espiritual, es capaz de identificarse —entrar en comunión— con los demás. Por ser individuo garantiza su propia entidad y por ser de naturaleza racional puede mostrar su sociabilidad: está en condiciones de abrirse y comunicar con los demás.

29. Así lo expresa, por ejemplo, René Le Senne en su *Tratado de Moral General*.

